**80. Hemos de cuidar que la justicia sea respetada.**

*“Únicamente puedo afirmar, como pastor, que hemos de cuidar que la justicia, el respeto a la dignidad de los hombres, aunque sean los más humildes trabajadores, sea respetada, porque así es la voluntad del Señor. … Desde la perspectiva de Dios, pues, la Iglesia ilumina esas realidades y hace un llamamiento a los hombres* *a* ***la cordura, al entendimiento,*** *a no querer arreglar las cosas por las fuerzas irracionales del más fuerte, sino por* ***la fuerza de la razón*** *que es la fuerza de Dios.* ***Que se comparta****, que se sepa agradecer a Dios, el don recibido, los precios[[1]](#footnote-1) elevados de las cosas, para que justamente todos los hombres nos sintamos, no solo de sentimientos, sino de verdad, hermanos. …. Que ya haya* ***diálogo****, pues, no solo entre patronos y obreros, sino también entre los intereses del pueblo y aquellos del gobierno encargados de esos diversos aspectos.”*

En esta homilía Monseñor Romero nuevamente expresa que es misión fundamental de la Iglesia “*cuidar que justicia sea respetada”, “cuidar que se respete la dignidad de los hombres”.*

Cuidar significa denunciar toda manifestación de la injusticia y sus raíces. La Iglesia debe tener una sensibilidad particular para detectar situaciones injustas y sistemas injustos. ¿Dónde se respeta de verdad y dónde no se respeta la dignidad fundamental de cada ser humano? Los 10 mandamientos bíblicos ya forman una lista de verificación. Las diferentes generaciones de los Derechos Universales de la humanidad son otros instrumentos para detectar donde hay justicia y donde no, donde se respete la dignidad humana y donde no. Siempre será necesario ubicarse en la situación de las y los más débiles. Desde ahí se ve mejor. Una adecuada detección de las injusticias y el irrespeto permite asumir el papel profético de la denuncia.

Pero cuidar significa también arrancar las raíces de la injusticia y construir estructuras justas en la economía, en lo social, en lo político. Monseñor recuerda varias veces en sus homilías que ni la Iglesia como tal, ni él como pastor son especialistas en economía, en ciencias sociales o en asuntos políticos y que, por eso, no se debe esperar que dé soluciones. Como pastor tiene razón, pero se supone que hay una cantidad de profesionales en economía, ciencias sociopolíticas que son cristianos, y ellos sí tienen la responsabilidad de actuar profesionalmente coherentemente con su fe y con su participación en la Iglesia. Creemos que los pastores de la Iglesia tendría que ser más activos e insistentes en hacer llamadas a sus miembros a actuar con gran profesionalidad (científica y ética) en la construcción de la sociedad justa y digna para todos y todas. En muchos países latinoamericanos son universidades de jesuitas, salesianos y otras congregaciones que han formado a generaciones de profesionales. ¿Dónde están los frutos? ¿qué hay que cambiar? ¿Sería que no contamos con profesionales cristianos altamente calificados técnica y científicamente en áreas de economía y política?

Monseñor, añade su llamada “*a la cordura, al entendimiento, a no querer arreglar las cosas por las fuerzas irracionales del más fuerte, sino por la fuerza de la razón que es la fuerza de Dios.”*  El Salvador había llegado a niveles increíbles de represión en contra del pueblo que estaba despertando y organizándose. Opciones políticas parecían cada vez menos posibles y se abrían cada vez más métodos violentos para protestar y exigir ser escuchados por las autoridades. De ahí su llamada a la cordura y a no desanimarse en la búsqueda de entendimiento y a utilizar la razón y no la violencia ciega. Era llamada tanto a las autoridades político – militares como a las organizaciones populares y grupos guerrilleros. La misma llamada a la cordura, al entendimiento y al uso de la razón sigue siendo muy actual en El Salvador y en todos los países. El camino democrático exige la disciplina de querer involucrar a todos y todas en la búsqueda de la paz, fruto de la justicia.

De ahí su llamada al diálogo. Se supone que los gobiernos electos deben responder a los intereses de las mayorías y que por eso deben incluir a todos los sectores en los espacios de diálogo. Los interlocutores entre la población en general y el gobierno, es decir, los diferentes gremios, confederaciones de cooperativas y de sindicatos, defensores de derechos humanos y del medio ambiente, líderes de las iglesias y de otras religiones, … deben ser partícipes de los diálogos, sin excluir a nadie. En muy pocos países se ha institucionalizado los diálogos locales, regionales y nacionales. De ahí que muy fácilmente otras opiniones o puntos de vistas son considerados diabólicos y son tildados de “subversivos” con nombres que siempre cambian según con conveniencia de quienes tienen el poder. ¿No sería que aprender a dialogar tendría que ser un camino de aprendizaje desde la niñez? ¿Dónde aprendemos hoy a dialogar y a “cooperar genuinamente” también con personas y organizaciones que no comparten nuestros puntos de vista, con quienes compartimos otra visión ideológica, otra experiencia religiosa o de fe? ¡Qué reto para las escuelas y todos los espacios de formación!

Una última llamada de Monseñor en este mismo contexto es hacia los dueños de los medios de producción quienes en ciertos años obtienen grandes cosechas, grandes ganancias, gracias a los precios internacionales. Les recuerda que son las y los trabajadores quienes invierten sus conocimientos y sus esfuerzos en todo el proceso productivo hasta la transformación y venta. En vista de los precios internacionales de los productos en el mercado dependen de la relación entre oferta y demanda, y no dependen de las necesidades humanas más sentidas. Este mecanismo permite que ciertas empresas (agrícolas, industriales, farmacéuticas, energéticas, …..) de repente obtienen ganancias millonarias hasta extra ordinarias. Las ganancias enormes de ciertas empresas gracias a la enorme demanda de por ejemplo vacunas o de energía o de alimentos, son un grito hacia el cielo sobre lo injusto del sistema económico mundial en que vivimos. Lo mínimo – si de verdad queremos soñar con una sociedad fraterna y un mundo en paz – sería que las grandes ganancias no solamente son afectadas por fuertes impuestos, sino que el estado obliga a distribuir efectivamente ganancias entre quienes las producen y entre quienes son víctimas de los altos precios. Es evidente que estamos muy lejos de ese sueño de un mundo diferente. Sin embargo ¿no sería urgente que más y más ciudadanos tomemos conciencia de esos mecanismos y de nuestra capacidad para elegir representantes políticos que sí comparten el sueño y están dispuestos a luchar por él, y que son capaces de impulsar nuevos caminos?

No tengamos miedo.

Sus hermanos Tere y Luis Van de Velde

Compartimos otra cita de la misma homilía con una reflexión mía (2015), posteriormente gravada en la Radio San Mateo de la Iglesia Anglicana San Mateo en los EEUU:

34. un corazón ancho <https://www.facebook.com/MonsOscarARomero/videos/3207767242840789>

**Reflexión para el domingo 16 de octubre de 2022.** Para la reflexión de este día hemos tomado una cita de la homilía durante la eucaristía del 29 domingo ordinario - Ciclo C, del 16 de octubre de 1977. Homilías, Monseñor Oscar A Romero, Tomo I, Ciclo C, UCA editores, San Salvador, p.394 - 395

1. Se refiere a los precios internacionales altos de las cosechas (café, algodón, azúcar) provocando mayores ganancias para los propietarios de las haciendas. [↑](#footnote-ref-1)